

FE FIRME III

¿Qué nos dice el Nuevo Testamento de la fe?

(Málaga)

Introducción

Si hay un término complejo en el NT es la fe. Continuamente está presente, y siempre es decisivo, pero su 'definición' no puede ser más complicada. Se experimenta como don y al mismo tiempo se echa en cara la falta de fe; su carencia dificulta (e incluso imposibilita) la misma acción de Jesús, y su firmeza arranca la respuesta y admiración del propio Jesús; la fe del pueblo de Israel no descubre al que esperaba y, sin embargo, *“vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán...”* (Mt 8, 11). Parece ser que es algo que no se puede 'dar por supuesto'.

Lo que sí es verdad es que la fe en el NT gira en torno a Jesús. Cuando a veces se denuncia que la centralidad del Reino en los evangelios pasa a Jesús en los otros textos del NT, parece no tenerse en cuenta que la fe nunca gira en torno al Reino sino en torno a Jesús que lo anuncia: la mediación-centralidad de Jesús es indiscutible en el Evangelio.

Sin embargo, hay algo evidente en los textos del NT: las vivencias de fe que aparecen a lo largo de todos los documentos que lo componen son tremendamente dispares. Y en esta disparidad hay algo que resalta sobre todo: no es lo mismo la vivencia de la fe después de la Pascua (Resurrección-venida del Espíritu Santo), que antes, sobre todo en los momentos más oscuros de la Pasión y Muerte de Jesús.

Por eso se me ha ocurrido empezar por la experiencia **postpascual**, que será la que rescate lo que ocurrió cuando todo era pura cotidianidad y casi pasaba desapercibido. Más aún, las expectativas que podían haber despertado la 'vida pública' de Jesús -porque la 'vida oculta' ciertamente no había despertado ninguna- se desvanecieron ante la tragedia-fracaso de la Pasión-Muerte. Por otro lado, en esa primera concreción de la fe naciente en torno al Jesús terreno, cargada de fantasías que sólo el final trágico desmontará, hay un personaje clave (Pedro) en el que van repercutiendo toda la vida y enseñanzas de Jesús tan limpiamente, que seguir su trayectoria puede iluminar de forma sencilla el complicado itinerario de una fe cargada de peripecias (momentos deslumbrantes, ambiciones, sustos...). Esto supuesto, voy a dividir el tema en tres capítulos:

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia

II. La fe prepascual

III. La fe de Pedro

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia.

En efecto, lo que denominamos 'fe de la Iglesia', surge después de la Pascua y con la venida del Espíritu Santo, aunque es importante no desconectar este momento, que podemos denominar 'deslumbrante', del inicio de dicha fe, extremadamente precario, pero punto de arranque de lo que se consolidará en Pentecostés. Aquellos hombres entusiasmados tendrán claro que lo que ellos vivieron a 'trompicones' se convierte en un seguimiento cargado de vida y gozo.

En efecto, esta fe gozosa aparece plasmada en fórmulas que recoge la tradición en forma de

confesión. No es la historia personal de la fe de cada uno, sino aquello que transmitieron los primeros testigos. Esto es fundamental: Pedro, ante la trágica desaparición de Judas, propone así la elección de un sustituto: *“Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección.”* (Hech 1, 21-22). Lo que da contenido a estas confesiones breves, es el testimonio de estos hombres.

Parece ser clave el ser testigo de la Resurrección. Ahora bien, la resurrección no es un acontecimiento más al lado de los otros. Como observa Benedicto XVI: *“...con la resurrección de Jesús... se ha producido un salto ontológico que afecta al ser como tal... no es un acontecimiento histórico del mismo tipo que el nacimiento y la crucifixión de Jesús...”*, datos comprobables, sino que como Pedro dice: *“Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, **no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios.**”* (Hech 10, 40-41) Sin embargo, el papa continúa: *“Pero es necesario advertir al mismo tiempo que no está simplemente fuera o por encima de la historia...: la resurrección de Jesús va más allá de la historia, **pero ha dejado su huella en la historia.**”*¹ Como comenta Berger: *“Y, sin embargo, fue el comienzo realmente nuevo; ...era un acontecimiento tan impresionante y real... que desvanecía cualquier duda, llevándolos ...a presentarse ante el mundo para dar testimonio: **Cristo ha resucitado verdaderamente.**”* En realidad, como comenta: *“‘Resurrección’ significa: ¡no creer, sino percibir! (p 631) O es sorpresa, pero palpable, o no es nada.*²

Pues bien, va a ser esta experiencia de los testigos del Resucitado, la que va a recuperar al 'Jesús histórico', y no al revés. En efecto, si se prescinde de la Resurrección, vana es nuestra fe (I Cor 15, 14-15). *“Jesús es una personalidad religiosa fallida; una personalidad que, a pesar de su fracaso, sigue siendo grande y puede dar lugar a nuestra reflexión, pero permanece en una dimensión puramente humana... La última instancia es nuestra valoración personal.”*³ Es el mismo diagnóstico de Lewis: ¡Lo convertiríamos en un 'gran hombre'!, pero ¡no puede 'ser **adorado**'!.

Lo indiscutible es que el pequeño grupo atemorizado no adquiere el impulso para 'dar testimonio' hasta la venida del Espíritu. Y nunca, la experiencia de la Resurrección y la vivencia del Espíritu eliminan la realidad de la Cruz, sino todo lo contrario: *“Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo...”* (II Cor 4, 7-12)

Es decir, nuestra fe no nos ahorra sufrimiento: no va a evitar que estemos 'atribulados', 'apurados', 'perseguidos' o 'derribados'; pero ninguna de estas situaciones las vamos a vivir como si estuviésemos 'aplastados', 'desesperados', 'abandonados' o 'aniquilados'. Porque es una fe abierta a la esperanza. Y esta permanencia en la prueba es lo único que hace creíble la fe cristiana. Como dice Berger: *“La profesión de fe 'en sí y por sí' no tiene valor alguno... sino una credibilidad demostrada y fortalecida por el sufrimiento: sólo el cristiano confesante presto a sufrir y que ha sufrido a causa de la profesión de fe tiene derecho a abrir la boca...”*⁴ En efecto, el resucitado conserva los signos

¹ Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret (II)**, pp 316-319 ???

² Me sorprendió la razón de Schillebeckx, de '¿por qué volvieron a reunirse los discípulos?': *“Porque tuvieron una profundísima experiencia que les hizo sentirse salvados, perdonados, experiencia que relacionaron con la figura del ajusticiado.”* ¿La figura de un ajusticiado puede generar tanta vida? ¡¡¡ (Cf. J. Antonio Marina, **Op. Cit.** p 39)

³ Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret (II)**, pp 281-289 (Para todas las citas siguientes)

⁴ Klaus Berger, **Jesús**, p 318

de la pasión: ¡es el crucificado! La fe en él no nos saca de la realidad sino nos implica en ella con la seguridad de que nunca la negatividad tendrá la última palabra.

Más aún, como recuerda Benedito XVI, los grandes Santos “*están llamados, por así decirlo, a superar en su cuerpo, en su alma, las tentaciones de una época, a soportarlas por nosotros, almas comunes, y a ayudarnos en el camino hacia Aquel que ha tomado sobre sí el peso de todos nosotros...*”⁵ Esta fidelidad en la prueba es lo que necesitamos y agradecemos. Tengo que confesar el bien que me hizo el libro sobre la Madre Teresa (**Ven, sé tú mi luz**), donde aparece la fidelidad de esta mujer entregada a los últimos, en medio de una aridez espiritual brutal.

En efecto, como muy bien observa K. Berger: “*para los cristianos, el sufrimiento y la muerte no son realidades últimas, sino penúltimas... en la Modernidad, la pregunta de la teodicea se convierte en problema en cuanto deja de creerse en la resurrección o la vida eterna... La afirmación central es que la muerte no puede separarnos del amor de Dios. Según Rom 8, 30, nada, ni la muerte, es capaz de alejarnos de la comunión con Dios... ¿No podría ser que Jesús y Pablo, al hablar de la resurrección, entiendan de Dios y del “amor” más que nosotros?*”⁶

Esta era la añoranza de Horkheimer (la **trascendencia**) y lo que echaba de menos Javier Marías (la **justicia última**). Si nos quedamos en la 'ética universal', sobra la religión en cuanto tal. La humanidad necesita respuestas, y para responder necesitamos fuerza que no se agote y entusiasmo que no decaiga, y ninguna de las dos cosas me las proporcionan las 'ideas claras' por muy 'distintas' que sean. Si en algo se constata la experiencia del Espíritu de aquellos primeros testigos es en la intrepidez -frente al acobardamiento total que los oprimía después de los acontecimientos de la pasión y muerte- y el gozo comunicativo que de repente los invade. Sin ambas cosas hubiese sido imposible la expansión del Evangelio.

Pero la Resurrección culmina en la Ascensión. Comenta Benedicto XVI: “*...los discípulos no se sienten abandonados... Ellos saben que 'la derecha de Dios' implica un nuevo modo de su presencia, que ya no se puede perder...*” Es el final del evangelio de Mateo: “*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos*” (Mt 28, 20). La 'era del Espíritu' no anula el Jesús de los Evangelios, sino que nos lo hace más cercano: “*estarán llenos de la fuerza del Espíritu Santo, y que deberán ser testigos hasta los confines del mundo...*” (Hch 1, 3-11)

“*Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo, volverá como le habéis visto marcharse.*” ...*La fe en el retorno de Cristo es el segundo pilar de la confesión cristiana. ... La actitud para el 'tiempo intermedio' es la vigilancia...*” ante lo que el papa denomina 'venida intermedia': “*Las modalidades de esta 'venida intermedia' son múltiples: el Señor viene en su Palabra, en los sacramentos, especialmente en la santa Eucaristía. Pero hay también modalidades que hacen época. Francisco y Domingo, entre los siglos XII y XIII; en el siglo XVI, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, llevan consigo nuevas irrupciones del Señor en la historia confusa de su siglo, que andaba a la deriva alejándose de Él.*”

Es la constatación de que siempre tenemos que estar atentos a su venida con la actitud clave del creyente: “*No apaguéis el Espíritu... Examinadlo todo; quedarnos con lo bueno*” (I Tes 5, 20.21).

Pero la experiencia de Dios en el cristiano ha de ser 'trinitaria'. Los que rodearon a Jesús eran judíos, por tanto creían en un solo Dios, **Padre** de todos. Lo sorprendente es que este Dios único envió a su **Hijo único**, trago difícil de digerir para un pueblo tan exageradamente monoteísta. Pues

⁵ Benedito XVI, **Jesús de Nazaret**, p 201

⁶ **Ibidem**, pp 304-306

bien, este Hijo se hizo uno de tantos (I Jn 1, 1-3) y desde abajo nos interpeló (desde arriba no se interpela a nadie sino se impone y domina) y porque era Dios reinterpretó la Ley (*'pero yo os digo'*), posibilitando convertir nuestra vida en su **seguimiento**. Ese asumir la fragilidad humana -jeso quiere decir **encarnación**!-, culminó con la cruz como fracaso radical, gustó la muerte para librarnos de la muerte. Por último, el mismo **Espíritu** que resucitó a Jesús, se nos dió: *“Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo.”* (I Cor 12, 13) Por eso la tarea del cristiano es: *“Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado...”* (Mt 28, 19-20)

Esta vivencia de un Dios 'trinitario', un Dios que es pura comunión de Personas -por eso podemos decir que *“Dios es amor”* (I Jn 4, 8)- sólo lo experimentó la fe postpascual, **la fe de la Iglesia**. Sólo una fe que tiene la fuerza del Espíritu salva: y ésta es la fe postpascual. Pero veamos cómo fue la prepascual.

II. La fe prepascual.

Ya dije que esta fe estaba cargada de peripecias, pero lo que sí es verdad que todo el Evangelio gira en torno a ella. Pero ¿qué encontramos en los Evangelios acerca de la fe? Mucho.

Por lo pronto, todo lo que aparece sobre ella es muy paradójico: parece ser algo que se nos tiene que dar, pero también es algo que Jesús echa en falta y reclama; los que de hecho son 'creyentes' no creen, y Jesús ante el centurión confiesa: *“En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe”*... y así podríamos seguir. Esto supuesto, podemos encuadrar nuestra búsqueda en los cinco epígrafes siguientes:

- 1. Lo incompatible con la fe
- 2. Clases de fe
- 3. Jesús ante la fe de los demás
- 4. Dificultades para creer en Jesús
- 5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

1. Lo incompatible con la fe

En este apartado recogeré lo que a lo largo del Evangelio va apareciendo como incompatible con la fe. De nuestra parte, sugiero dos actitudes: tener la honestidad de confrontar cada dato con nuestra fe, y, si se nos ocurre otro, añadirlo y confrontarlo, no discutir si falta o deja de faltar.

-la soberbia:

“Él [Dios] hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1, 51-52). Son las palabras que pone Lucas en boca de María, recogiendo una experiencia constante en el AT. Pues bien, esta idea vuelve a aparecer en varias ocasiones en los Evangelios. Citemos una: *“Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Lc 18, 14).

Pero Jesús usa las mismas palabras, para hacer caer en la cuenta al invitado que quiere ocupar los primeros asientos (Lc 14, 7-11). Lo interesante es el paralelismo que establece entre nuestro

comportamiento humano y nuestra relación con Dios.⁷

–la exigencia o la curiosidad imposibilitan el don y la sorpresa: la gracia

“Entonces algunos escribas y fariseos le dijeron: 'Maestro, queremos ver un milagro tuyo'. Él les contestó: 'Esta generación perversa y adúltera **exige** una señal, pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra” (Mt 12, 38-40). Más adelante, vuelve a quejarse de la misma actitud: “Esta generación perversa y adúltera **exige** una señal; pues no se le dará más signo que el de Jonás” (Mt 16, 4). En ambos casos, frente a la exigencia de una señal que 'pruebe' su 'veracidad', está el 'signo de Jonás': ¡el hecho Pascual! (**Muerte-Resurrección**).

En efecto, Jesús no utiliza ningún milagro para probar nada,⁸ sino más bien da respuesta a una 'necesidad' del tipo que sea e impone silencio. Más aún, ante el milagro de la multiplicación de los panes les echa en cara que lo buscan, “no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros...” (Jn 6, 26) Parece ser que el milagro por sí solo no aporta nada a la fe, sino el 'signo de Jonás': éste no sólo no se exigía, pero ni se esperaba.⁹

Hay otra escena expresiva en este sentido: cuando comparece ante Herodes remitido por Pilato. Lucas nos dice que “Herodes al ver a Jesús, se puso muy contento... y esperaba verle hacer un milagro... Le hacía muchas preguntas...; pero él no le contestó... Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato”. (Lc 23, 8-11) Ante la frívola curiosidad de aquel hombre, Jesús se inhibe. La acción 'milagrosa' de Jesús nunca es espectáculo, sino respuesta a una necesidad, planteada o no. Pero siempre será verdad que el único referente salvífico es el Resucitado que envía su Espíritu.

No estaría mal que cada uno nos preguntásemos si nuestras 'incredulidades' no tendrían su origen en actitudes de exigencia o curiosidades 'milagreras' sin plantearnos si nuestra fe se abre a la fuerza y la sorpresa del don del Espíritu que nos compromete gozosamente sin 'comprobaciones' pueriles.

– el temor y la duda

El temor, posiblemente, es la vivencia más contundente y paralizadora que podemos experimentar. Es algo que bloquea todas nuestras posibilidades y, de no afrontarse en sus primeros síntomas, cobra una fuerza arrolladora.¹⁰ Pues bien, Jesús está continuamente avisando el **No temáis**'.

⁷ Siempre me ha llamado la atención el paralelismo que San Ignacio establece entre nuestra relación con el amigo y nuestra relación con Dios, a la hora de explicar en qué consiste el *coloquio* (EE 54): “como un amigo habla a otro”.

⁸ Quitando, posiblemente, la resurrección de Lázaro en cuanto premonición de la suya.

⁹ Es interesante a este respecto la comparación del punto 5º de las contemplaciones de Tercera Semana de EE con el 4º de la Cuarta. El primero dice así: *considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente* (EE 196); el segundo: *considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della* (EE 223). Los verdaderos y santísimos efectos de la divinidad, no son los que yo le 'exijo', sino aquellos que me desbordan y van más allá de lo que yo hubiese podido imaginar: Dios es 'sorpresa', desbordamiento, no previsión. En el Evangelio lo que le exigen al crucificado para creer en él era “si eres Hijo de Dios, baja de la cruz...” ¡y no bajó! Ya veíamos en la primera parte de este Tema III (**La fe postpascual**) cómo la Resurrección es el punto de arranque de una fe que salva.

¹⁰ Una vez más San Ignacio es un referente de cara a situaciones de temor. En la regla 12 de Discernimiento de Primera Semana nos dice: ...si persona... **comienza a tener temor** y perder ánimo en sufrir las tentaciones, **no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en la prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia**. Es en el mismo comienzo cuando hay que **poner mucho rostro, haciendo el**

En la tempestad en medio del lago, Jesús reprocha a sus discípulos: “¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?” (Mc 4, 35-41) Mateo dice: “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” (Mt 8, 26) En un caso se equipara el miedo a la ausencia de fe, en el otro a 'poca fe'; en cualquier caso está clara la contraposición entre miedo y fe: son incompatibles.

La duda es otra vivencia que imposibilita la firmeza de la fe. La intrepidez de Pedro ante la presencia de Jesús -“Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua”-, se viene abajo ante la fuerza del viento -“le entró miedo”-. Automáticamente “empezó a hundirse”. La respuesta de Jesús ante su grito de angustia es revelador: “¿Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?” (Mt 14, 22-33) El temor desencadena la duda y ésta, al parecer, es señal de 'poca fe'.

¿No podríamos decir que sólo la **fe firme** es fe? Cuando el temor o la duda nos anulan o paralizan es señal de su ausencia o de que es poca.

–la inconstancia

En la parábola del sembrador, a la hora de explicarles el significado de las distintas situaciones en las que puede 'caer' la semilla -¡que siempre es buena!-, en el caso de la que cae entre piedras dice: “Pero no tiene raíces, es **inconstante**, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe”. (Mt 13, 21) Sólo la permanencia ante la dificultad (¡el **afrontar**!) puede 'echar raíces'.

Pero encontramos otras referencias a este riesgo: “Aparecerán muchos falsos profetas y engañarán a mucha gente, y, al crecer la maldad se enfriará el amor en la mayoría; pero el que **persevere** hasta el final se salvará...” (Mt 24, 11-13) La fe nos habla de seguimiento, y el seguimiento no puede programarse, hay que 'seguirlo', y esto supone permanencia. Hay que perseverar hasta el final. “...con vuestra **perseverancia** salvaréis vuestras almas” (Lc 21, 19) La salvación es tarea, proceso, no magia.

Poco después vuelve con la advertencia: “Tened cuidado de vosotros no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día... **manteneros en pie** ante el Hijo del hombre” (Lc 21, 34-36). Es un problema de 'mantenerse en pie' o caer: la fe no nos hace irresponsables. Una cosa es que en ella encontremos fuerza y luz que de nosotros mismos no es posible sacar, y otra que nos supla.¹¹ 'Sólo la fe nos salva' (Pablo); pero 'la fe sin obras está muerta' (Santiago)

–la incredulidad radical

Es la pregunta que Jesús hace a los dos ciegos que de lejos le gritan “Ten compasión de nosotros, hijo de David”: “¿Creéis que puedo hacerlo?” (Mt 9, 28) En efecto, en Marcos 6, 5-6 se dice que Jesús “no pudo hacer allí [Nazaret] ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe.”

Jesús no impone: si no creen que puede hacerlo, no lo hace. Por eso he denominado este apartado

oposito per diametrum (EE 325), es decir, es lo que nosotros llamamos acobardamiento. De no reaccionar en los mismos comienzos, no hay posibilidad de superación.

¹¹ Es la frase final de EE 135 (**Preámbulo para considerar estados**): “...para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir.” Todo es don ('nos diere') pero tenemos que decidir nosotros ('para elegir')

'incredulidad radical'. La actitud opuesta a esta incredulidad sería: “*Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis*” (Mc 11,24) Ahora podemos entender la pregunta de Jesús a los dos ciegos: “¿*Creéis que puedo hacerlo?*”

Después de estas cinco actitudes que pueden incapacitarnos para creer, quizás se entienda mejor el interrogante de Jesús en Lucas: “*Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra?*” (Lc 18, 8) En la medida en que vamos por la vida de prepotentes (*soberbia*), desde una autosuficiencia que sólo sabe *exigir*, o a lo más *curiosear*, sólo nos dará seguridad lo que nosotros controlemos (¡esto es la *Ilustración!*), lo cual provoca, automáticamente *temores* y *dudas*; por otro lado, la inseguridad inherente de nuestra finitud nos llevará a no permanecer (la *inconstancia*) cuando la realidad es tozudamente adversa. Todo esto, ¿deja espacio a la fe? Son preguntas que no está mal que nos hagamos.

2. Clases de fe

–fe 'firme'

Y hay que empezar por esta 'fe firme' -lo opuesto a lo que hemos llamado 'incredulidad radical' y que Jesús la formulaba en el contexto de la oración: “*Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis*” (Mc 11,24) Es decir es tal la firmeza que 'creemos que ya lo hemos recibido'. Es tal mi confianza en Dios al que me dirijo en la oración, que lo que le pido, cuento con que ya lo he alcanzado. Es la vivencia de una seguridad total, porque no se apoya en mí, sino en aquel a quien pido.

–fe mágica

Pero esta firmeza no siempre es tan 'correcta' -sin dejar de ser fe firme-, y en el Evangelio nos encontramos con 'expresiones de fe' que nosotros descalificaríamos, pero que Jesús no lo hizo.

En efecto, los sinópticos nos describen un milagro que tiene todos los visos de proceder de una fe que hemos denominado 'mágica'. Es el milagro de la hemorroísa (Mc 5, 25, 34). En efecto, esta mujer está convencida que Jesús puede curarla -su fe es 'firme'-, pero la liga a la materialidad de 'tocarle el manto'. Pues bien, Jesús acepta esta 'condición' y hace el milagro...

Contrasta esta condición tan primitiva con la actitud del centurión romano -que, como veremos, asombra al mismo Jesús- que no exige ni la presencia.

Esto me hace recordar lo que decía aquel gran creyente que fue Gandhi, que desde su vivencia describe a Dios así: “*Es un Dios personal para quienes necesitan Su presencia personal. Él toma cuerpo para quienes tienen necesidad de palparlo. Él es la más pura esencialidad. Él, simplemente, es para quienes tienen fe.*”¹² Es, en definitiva, lo que decíamos en el Tema anterior: el Dios vivo, más que logro de un *homo religiosus* que lo busca, es la sorpresa de un *Deus humanus* que se manifiesta a pesar de la debilidad e incoherencia humana.

–fe 'milagrera'

El apelativo que he dado a este tipo de fe parece despectivo; sin embargo, lo que quiero expresar es que la única finalidad que pretende esta fe 'firme' -porque si no, no sería fe- es el 'milagro' en cuanto

¹² Quiero traer una cita entrañable, porque se refiere a su madre, y que expresa esta 'adaptabilidad' de Dios a la fe del creyente: “*... Mi madre nunca dejó de ir al templo mientras tuvo salud para ello. Es probable que su fe fuera mucho mayor que la mía, aunque yo no vaya al templo. Hay millones de personas cuya fe está basada en los templos, las iglesias y las mezquitas...*” **Mi religión**, p 233

tal. En concreto expresa una dimensión siempre presente en el ser humano: el sacar provecho¹³ de todo lo que se presente. Pues bien, muchos en el Evangelio van a 'aprovecharse' y solucionar su problema, a lo mejor angustioso, pero ahí acaba todo.

Esto es lo que narra Lucas con la curación de los diez leprosos. (Lc 17, 11-14) La fe de los diez es 'firme', pues todos se ponen en camino cuando Jesús les dice: “*Id a presentaros a los sacerdotes.*” Lucas comenta “*que, mientras iban de camino, quedaron limpios*” -¡los diez!-. Pero sólo uno de ellos -*que era samaritano*-, al verse curado, “*se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias.*” Jesús lo hace notar: “*¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?*” Es decir, consideramos una fe 'milagrera' aquella que se agota en el pretendido milagro.

Pero no acaba aquí el relato evangélico. Jesús, después de echar de menos los otros nueve, dice al samaritano: “*Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*” ¿No se han 'curado' los otros nueve? ¿Por qué le dice: “*Tu fe te ha salvado*”? ¿Es que a los otros no les ha 'salvado'?... Y es que, parece ser que la fe está para **salvar**, no simplemente para 'curar', para 'aprovecharnos' de ella. Y la 'salvación' siempre hace referencia a la persona, no a la dolencia. A esto se refiere el epígrafe siguiente.

–fe respuesta personal: seguimiento

En efecto, la vuelta del samaritano agradecido hace que su fe culmine en un encuentro personal. ¿No hemos dicho que la fe es adhesión personal? ¿Qué adhesión personal experimentaron los otros nueve curados? ¿No es eso 'ir de aprovechados por la vida'? Cuando por la vida sólo vamos aprovechándonos y exigiendo, perdemos una dimensión clave para la persona: la reciprocidad.

Lo distintivo de la fe cristiana es esa relación personal que se inicia en la convivencia con los que le rodearon, pero que está llamada a culminar en la fe postpascual, una experiencia 'ontológicamente' nueva y que Pablo expresará con frases tan expresivas como: “*...vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.*” (Gal 2, 20) Esa será la fe postpascual. No es pues la fe 'milagrera' la que salva, sino la que nos transforma en respuesta agradecida, y se convierte, como dijimos al comienzo y volveremos sobre ello, en un **seguimiento**.

Pero tenemos otro pasaje evangélico donde aparece con suma claridad la diferencia entre la fe que termina en el milagro y la que supone una 'fe' en Jesús. Es el relato de Juan del funcionario real de Cafarnaún (Jn 4, 46-53). Este hombre, al enterarse de que Jesús está en Galilea no duda en ir en su búsqueda para pedirle que “*bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose*”. Lo interesante es la 'queja' de Jesús: “*Si no veis signos y prodigios, no creéis.*” Ante esta queja, el funcionario insiste: “*Señor, baja antes de que se muera mi hijo.*” Ante esta insistencia, Jesús le contesta: “*Anda, tu hijo vive.*” Y el evangelista comenta: “*El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino*”. En efecto, esta 'fe en su palabra' va a hacer posible el milagro.

Hasta aquí un milagro más. Pero el relato termina, ante la comprobación de la hora en que había empezado la mejoría, con la frase: “*Y creyó él con toda su familia.*” En este caso se ha cumplido lo que Jesús expresó en su queja: 'Si no veis signos y prodigios, no creéis'. En efecto, aquí 'creyó él con toda su familia'. Sin embargo, al final del evangelio de Juan, Jesús dirá: “*Bienaventurados los que crean sin haber visto.*” (Jn 20, 29) En cualquier caso, sea viendo 'signos' o sin ellos, lo decisivo es esa fe que salva, porque pone en juego y da respuesta a toda la persona, llena toda su vida.

¹³ San Ignacio está continuamente recordando al ejercitante que debe sacar provecho; el problema es que hay muchas clases de provecho y, por tanto habrá unos valiosos y otros menos, por no decir indecentes.

3. Jesús ante la fe de los demás

En efecto, Jesús reacciona según la fe de los que se le acercan. Estas reacciones pueden iluminar seriamente nuestra fe concreta. Pero quiero destacar dos extremos: quejas y admiración-sorpresa.

—Quejas

La no idealización en los escritos del NT es notable: el realismo de situaciones y actitudes de las personas que aparecen reflejan las nuestras, lo que facilita nuestra confrontación.

En efecto, Jesús no se encuentra con un entorno ideal: sus quejas por 'falta de' o 'poca' fe son constantes. Al parecer, los que lo conocieron no gozaron de 'ventajas' envidiables, sino todo lo contrario. Siempre nuestras expectativas dificultan la capacidad de asumir lo que tenemos delante. Sería lo que en Juan se denomina incapacidad para 'ver signos', es decir, para dejarnos interpelar. Si no somos capaces de elaborar los datos que tenemos delante -'los signos de los tiempos', decía Jesús-, difícilmente nuestra respuesta será propiamente personal y, por tanto, humana.

Por lo pronto es el propio Pedro al que se le echa en cara esta falta de fe, cuando después de haber creído avanza hacia Jesús sobre las olas, pero 'la fuerza del viento' le provoca miedo (que como vimos es incompatible con la fe) y grita: “¡Señor, sálvame!”. Jesús lo auxilia pero diciéndole: “*Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*” (Mt 14,31) Es la 'poca fe' la que le hace 'dudar'.

La fe, por tanto, tiene niveles cuyo control no parece estar en nuestras manos. Esto lleva a los mismos apóstoles a suplicarle: “*Auméntanos la fe*”, a lo que Jesús contesta con un tono de queja: “*Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esta morera: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar', y os obedecería*” (Lc 17,5-6), como si dicho 'aumento' no estuviese en manos de Jesús: ellos tenían que tener **más fe**. Con que llegase al tamaño de un 'granito de mostaza', lograría milagros. Esta debilidad de la 'fe prepascual' será clave para constatar que la fe postpascual es puro don.

Pero donde aparece con todo su dramatismo la constatación de la falta de fe ante el padre del endemoniado al que los discípulos no han podido curar. Esta incapacidad provoca en Jesús una queja desgarradora: “*¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar?*” La acusación no puede ser más dura. Pero el diálogo con el padre sigue, y Jesús se interesa por la situación del muchacho, y ante la petición del padre de 'si puede ayudarles', Jesús le contesta: “*¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe.*” Otra vez la incondicionalidad de la fe que lleva al padre a gritar: “*Creo, pero ayuda mi falta de fe*” y Jesús cura al muchacho. Ya en casa, los discípulos preguntan a Jesús: “*¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?*” y Jesús les responde: “*Esta especie sólo puede salir con oración.*” (Mc 9, 14-29).

En Mateo 17, 14-21 queda así: “*'Y por qué no podíamos echarlo nosotros?' Les contestó: 'Por vuestra poca fe'. En verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a aquel monte: 'Trasládame desde ahí hasta aquí', y se trasladaría. Nada os sería imposible.*” Esta última frase sintetizaría la apuesta de la fe firme. ¿Por qué desde el mundo increyente se percibe que la firmeza de la fe es cosa pasada [Javier Marías]? Buen interrogante para nosotros creyentes.

Pero la 'queja' más célebre es la de Jesús resucitado ante el 'incrédulo' Tomás. Jesús se somete a su exigencia que provoca el “*Señor mío y Dios mío*”, la confesión más plena de adoración de todo el Evangelio. Pero lo que más nos atañe es el final del relato: “*¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto.*” (Jn 20, 24-29)

Como es natural el 'acto de fe' de Tomás no es precisamente el palpar sus llagas -que posiblemente ni lo hizo-, sino su acto de adoración. La fe no es comprobación, sino respuesta en adoración de la persona como totalidad.

Este pasaje tiene una especial relevancia al ser con el Resucitado. Como dice K. Berger: “*La resurrección de Jesús es la tarjeta de visita de Dios: lleva a las personas de la muerte a la vida.*”

En efecto, la experiencia del Resucitado con la venida del Espíritu es, como ya dijimos, un punto de arranque que recupera al Jesús histórico, y no al revés.

K. Berger ve en Tomás a todos los que a lo largo de la historia son acosados por la duda, y comenta: *“Los únicos que nunca dudan son los necios y los tocados por la gracia. Tomás no era necio, ni había sido tocado por la gracia antes del encuentro con el Resucitado.”*

No hay peripecia del creyente que no esté recogida en el NT. Continuamente nos vemos reflejados en los interrogantes y reacciones de los que rodean a Jesús. ¿Qué creyente no se ha sentido identificado con Tomás el incrédulo en algún momento de su vida? Al parecer, sólo la experiencia del Resucitado puede disipar su duda, provocando, no una 'comprobación', sino una transformación 'ontológica', esa 'fe postpascual' que es la única que puede denominarse firme.

Pero hay un matiz en la escena y que Berger resalta por su paralelismo en la actualidad y que domina la exégesis moderna: *“sólo Jesús es normativo; de las afirmaciones de los discípulos, aunque sean unánimes, no hay que fiarse... a la Iglesia, no se le cree ni una palabra...”* En efecto, el 'testimonio' de los discípulos es 'la fe de la Iglesia', a la que nos remitimos, aunque después la adhesión personal estará cargada de vicisitudes, pero llamada a culminar en 'adoración'. Como dice Berger, *“el camino para disipar las dudas no son las argumentaciones, ni la psicoterapia, etc., sino la abrumadora experiencia de la presencia del Dios personal en Jesús mismo,”* que a Tomás le llevó al *“¡Señor mío y Dios mío!”* Es la experiencia 'postpascual'.

Esta vivencia gozosa del Resucitado suplanta cualquier necesidad de 'gurús', que tanto anhela el ser humano, pero que impide que nuestra experiencia culmine en una **fe firme**, la única que pone en juego a la persona como totalidad, **en adoración**. La presencia del Resucitado llena de alegría y provoca la *'inmunidad contra el miedo y la muerte ya en el presente'*, que vemos en los mártires.

Por otro lado, la experiencia de una nueva corporeidad que revela el Resucitado es clave para nuestra esperanza. No es cuestión de imaginación, sino de sorpresa y constatación¹⁴: *“La resurrección es inimaginable –igual que Dios y el amor...”*¹⁵ Es la necesaria apertura de nuestra 'racionalidad' a lo que la desborda y que sólo la fuerza del Espíritu puede dar (**fe postpascual**).

- Sorpresas

Jesús siempre sorprende, no por la distancia insalvable, sino por la proximidad desconcertante. No acabamos de creernos las consecuencias de la encarnación. Tenía como nosotros, capacidad para llevarse sorpresas. Y respecto a la fe que le rodeó, la sorpresa mayor fue encontrar tan 'poca fe' - incluso 'incredulidad' - en quienes se suponía, y fe firme en los que estaban 'fuera'.

En Mt 8, 5-13 se nos narra el episodio del centurión romano. Ante la respuesta de Jesús: *“Voy yo a curarlo”*, la reacción del militar desde su experiencia de poder no puede ser más desconcertante: *“Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano...”*¹⁶ El evangelista comenta: *“Al oírlo, Jesús quedó admirado...”*

La reacción del centurión no puede ser más paradójica: en el contexto de su experiencia de poder - es militar-, empieza por confesar su indignidad. Sugiere una vivencia de 'adoración' (¡se dirige a Jesús como **Señor**!). Su fe no tiene el menor matiz de 'exigencia', ni de 'milagrera': su actitud está

¹⁴ Es sugerente en este momento traer el testimonio de Santa Teresa de Jesús: *“Si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan gran majestad que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor.”* (**Vida**, XXVIII, 7-8)

¹⁵ K. Berger, **Opus citatum**, pp 642-650 (Para las últimas citas de Berger)

¹⁶ En Lucas, ni siquiera va en persona; le envía unos amigos para que le expresen su 'indignidad'.

más cerca del sobrecogimiento que del mero 'aprovecharse' y menos aún la curiosidad.

De ahí la admiración de Jesús: “*En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe*”, y presente la llegada de los gentiles: “*Os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente...*” Jesús lo remite a su fe: “*Vete; que te suceda según has creído.*”

El segundo pasaje es la cananea (Mt 15, 21-28), La resistencia de Jesús a atender a aquella mujer nos desconcierta, si es que no nos escandaliza. En un primer momento ni se da por aludido y son los discípulos los que interceden a lo que Jesús responde: “*Sólo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel,*” argumento que no es la primera vez que aparece: la misión de los Doce, la encabeza con este aviso: “*No vayáis a tierra de paganos, ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel*” (Mt 10, 5). Será el Espíritu el que romperá las barreras.

Pero una vez más va a ser la fe -¿de una pagana!- la que va a romper esta resistencia.¹⁷ Su postura no es de exigencia sino de adoración: “*Ella se acercó y se **postró** ante él diciendo: 'Señor, ayúdame'.*” No sólo la postración sino el término que usa para dirigirse a él manifiestan ese contexto de adoración. La respuesta de Jesús no puede ser más 'judía': contraposición entre 'hijos' y 'perros'. Pero la actitud de la mujer sigue siendo la misma: “*Tienes, razón **Señor**; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.*” Es la escenificación de la frase de María en el **Magníficat**: “*porque ha mirado la humildad de su esclava*” (Lc 1, 48). Es una constante tanto en el **AT**¹⁸ como en el **NT**: la '**soberbia**' como el primer impedimento para creer. Ante esta 'humildad', todo el 'judaísmo' de Jesús se derrumba: “*Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.*” La fe firme de esta mujer va abriendo nuevos caminos. Pero la fuerza de esta fe está en la adoración, no en la prepotencia, ni la 'exigencia'.

Y para terminar este epígrafe quiero aludir al acto de fe de unos paganos (el centurión romano y los soldados que custodian al crucificado) que surge en el momento del fracaso extremo, cuando Jesús expira en la cruz: “*El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: 'Realmente, este hombre era justo'.*” (Lc 23, 47); Marcos y Mateo, sin embargo, dicen: “*...este hombre era Hijo de Dios*”; y Juan, tras la lanzada, comenta: “*El que lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis...*” (Jn 19, 32-35)

“*...para que vosotros creáis*”: el testimonio de estos paganos se produce en la cruz: punto de arranque de la fe cristiana, al que Pablo tantas veces alude: “*... pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados -judíos o griegos-, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios...*” (I Cor 1, 23-24). Y es que esta 'sabiduría de Dios' produce escándalo, rechazo. Esto nos abre al siguiente epígrafe:

4. Dificultades para creer en Jesús

Creo que este apartado tiene un gran alcance: al ver la irrelevancia de la fe en el contexto secular que nos rodea y añorar otros momentos más eufóricos, a lo mejor olvidamos una constante. Acabamos de referirnos al rechazo, tanto de judíos como de griegos. Y en este caso, Pablo los contrapone a 'los llamados', para los que es 'sabiduría de Dios'. Pero vayamos al mismo Evangelio, y veremos que allí, son los mismos 'llamados' los que rechazan o al menos les 'chocan' muchas de las apuestas que Jesús hace -enmarcadas todas ellas en el intrigante: “***pero yo os digo***”-. Por otro lado, Jesús no se rodea de personas especialmente 'religiosas', que experimentarán los mismos rechazos que nosotros ante su visión del **poder**, la **riqueza**, la **sexualidad**, el **sacrificio**, el **ser uno**

¹⁷ De hecho, este romper el 'calendario' de su misión aparece en el Evangelio en otros momentos: el más célebre es el primer milagro en las bodas de Caná, y es una mujer también -en este caso su madre- la que fuerza el 'adelanto'.

¹⁸ Como muestra de lo que decimos, recordemos a Miqueas 6, 8: “*Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan sólo practicar el derecho, amar la bondad y caminar **humildemente** con tu Dios.*”

de tantos... Recorramos brevemente algunos pasajes.

–el poder

Es un tema recurrente en los Doce. La lucha por el poder aparece, no sólo en los 'hijos de Zebedeo' (Mc 10, 35-45) -ayudados por la madre de éstos, según Mateo (20, 20-28)-, sino en el grupo -reacción ante la pretensión de los dos hermanos- y en la última cena: “*Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor.*” (Lc 22, 24).

La contraposición está clara: “*No será así entre vosotros...*” El poder se usa en este mundo para 'dominar', 'tiranizar' y 'oprimir', y encima “*se hacen llamar bienhechores*” (Lc). Jesús propone una única alternativa, el **servicio**: “*...igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchas.*” (Mt).¹⁹ Esta propuesta, ¿es algo disparatado? ¿Qué le decimos a quien ha alcanzado un poder legítimamente: que 'abuse' o que 'sirva'?

–la riqueza

Es el segundo escándalo de los que le rodean. Ante la búsqueda sincera del rico que le pregunta qué tiene que hacer para heredar la vida eterna (Mc 10, 17-31) y su confesión de que todo lo ha guardado desde su juventud, Jesús responde: “*Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme.*” La reacción es deprimente, pero esclarecedora. Marcos dice que él “*frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.*”

La reacción desconcierta al propio Jesús y le arranca una de las imágenes más expresivas: “*...Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.*” La comparación es tan expresiva que los discípulos “*se espantaron y comentaban: 'Entonces, ¿quién puede salvarse?'*” La reacción no puede ser más nuestra: “*Si esta es la condición para salvarse, difícil lo tenemos...*” Es el espanto a perder una seguridad tangible.

Pero la pérdida de esta seguridad sólo puede remediarla una seguridad 'mayor': “*Jesús se les quedó mirando y les dijo: 'Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo'.*” Y es que el dinero no es alternativa: “*Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al dinero.*” (Mt 6, 24) No podemos tener dos 'dedicaciones'. Dedicación que se concreta en: “*Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura.*” (Mt 6, 33) La propuesta de Jesús: 'venderlo todo' es para 'repartirlo entre los pobres', que no es lo mismo que la austeridad o la carencia sin más, sino la solidaridad, **compartir**: “*...no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de **igualar.***” (II Cor 8, 13) Es el descubrimiento de que: “*Hay más dicha en dar que en recibir*” (Hech 20, 35), es decir, hay más felicidad en compartir que en acumular, y esta experiencia es gozosa: “*Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*” (Mt 5, 3)

En realidad esto no es un programa político, ni siquiera una ética; es un problema existencial: ¿dónde ponemos nuestra seguridad? Aquello en lo que nos apoyamos es en lo que creemos. Por eso si la fe no es firme, no es tal.²⁰ La tercera tentación, según Mateo -el ofrecimiento de 'todo esto te

¹⁹ Más que 'alternativa', habría que decir la 'única salida', el único 'sentido' del poder es el servicio.

²⁰ Siempre me ha impresionado la experiencia de otro gran creyente, S. Kierkegaard: “*Lo decisivo es lo que se contiene en la siguiente afirmación: para Dios todo es posible. Esto es eternamente verdadero y, por lo tanto, es verdadero en todo momento... pero esa fórmula solamente empieza a ser decisiva cuando el hombre es llevado a una situación de extrema necesidad, en la cual, humanamente hablando, no quede ninguna posibilidad. Y entonces lo que importa es que el hombre quiera creer que para Dios todo es posible; es decir, lo que importa es que quiera*”

daré... si postrándote me adoras'- es interpretada por Jesús en clave de primer mandamiento: “*Vete, Satanás, porque está escrito: 'Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto'*.” (Mt 4, 10) En lo que ponemos nuestra seguridad, ese es nuestro dios. Por eso el ateísmo -o más bien, el prescindir de Dios- se da en sociedades satisfechas y **seguras**...²¹

–la sexualidad

Nadie puede discutir que en la actualidad este tema siempre es polémico, exigiendo a la Iglesia posturas más 'abiertas' y acusándola de 'cerrada'. Pues bien, esto ya ocurría al comienzo.

En el capítulo 19 de Mateo aparece la pregunta de los fariseos, que el evangelista puntualiza que es “*para ponerlo a prueba: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?*” Jesús remite a Génesis 2, 24 y añade: “*Pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.*” Ahora bien, siempre cualquier respuesta en este tema resulta precaria para el que pregunta, por eso los fariseos insisten: “*¿Y por qué mandó Moisés darle acta de divorcio y repudiarla?*”

La respuesta de Jesús es significativa: “*Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así.*”²² Es la incidencia en la 'ética' de nuestras 'durezas de corazón', con la posibilidad de justificarlo todo (cf. Jer 18, 18). Cuando nuestros deseos se 'desmadran', ya que Dios no incide en nuestras decisiones -¡somos **libres**!²³-, surgen 'logros' tramposos... Jesús, sin embargo, es contundente: “*¡Pero al principio no era así...!*”²⁴

Jesús, pues, vuelve 'al principio': “*Ahora os digo yo que, si uno repudia a su mujer -no hablo de uniones ilegítimas- y se casa con otra, comete adulterio.*” Ante esta 'involución', (diríamos hoy), los discípulos se preocupan. Marcos subraya esta extrañeza: “*En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo.*” Pero él insiste: “*Él les dijo: 'Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio'*” (Mc 10, 10-11). Ante esta postura 'inmovilista', Mateo comenta: “*Los discípulos le replicaron: 'Si esta es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse.'*” ¿No es esta una reacción generalizada hoy, que consideramos liberadora?

Pero Jesús no se bloquea: “*No todos entienden esto, sólo los que han recibido ese don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos por el reino de los cielos. El que pueda entender, entienda.*” La recuperación de lo que fue 'al principio', no se presenta como una imposición, sino como un don. Uno no puede asumir lo que 'no entiende'. La oferta es cómo vivir la propia sexualidad, 'por el reino de los cielos', frente nuestros tramposos e hipocresías.

creer. Ahora bien, ésta es cabalmente la fórmula para perder la razón. Pues la fe significa precisamente que se pierde la razón para ganar a Dios...” S. Kierkegaard, **La enfermedad mortal**, de SARPE, S.A., 1984 p 69

²¹ Esto no quiere decir que la búsqueda y la convicción de la existencia de Dios es la necesidad de seguridad que tiene el hombre. El problema, más bien, hay que plantearlo desde la perspectiva de que el hombre en algo tiene puesta su seguridad, “en algún **dios** se está apoyando”, la pregunta entonces es más bien, ¿cual es el vivo?, o dicho de otra forma, ¿cuál es el que da vida y libera?...

²² Es la sugerente afirmación de Lewis: “*nuestra continua ocultación las primigenias vulgaridades morales*” (carta XXIII). Es lo contrario de lo actual: que lo más moderno es mejor y más verdadero.

²³ Esto la continua 'condescendencia' de Dios en el **AT**: que tengan rey, templo... Una vez más, en la fe judeo-cristiana habría que hablar, en vez del *homo religiosus*, del *Deus humanus*.

²⁴ Bartolomé Meliá, antropólogo que toda su vida la ha dedicado al mundo de los guaraníes en Paraguay, me contó que en un Congreso sobre indigenismo en aquel país, un guaraní tuvo la siguiente intervención ante el silencio que se hizo mientras el conferenciante buscaba una cita para probar los 'logros' que se habían alcanzado en este asunto: “*Lo fácil que es decir mentiras, cuando todos quieren escucharlas.*”

Por otro lado, la relación de Jesús con la mujer es cercana y acogedora, acaparadora ni posesiva, sino recuperadora. A la pecadora que llora a sus pies le dice: “*Vete en paz*” (Lc 7, 50) y a la adúltera: “*Vete y en adelante no peques más*” (Jn 8, 11). Frente a la casuística malsana, la obvedad; frente al juego salaz, la responsabilidad en la tarea creadora; frente a la frivolidad, el compromiso. Y así podríamos seguir... ¡No era su entorno muy diferente del nuestro!

–el sacrificio

Otro motivo de escándalo y rechazo será lo que en el cristianismo ha quedado simbolizado con la **cruz**: el sufrimiento. Es llamativa la escena, después de la confesión de Pedro (Mt 16, 21-26), cuando Jesús les dice por primera vez que: “*tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas; y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.*” La reacción de Pedro es rápida; dice Mateo que “*se lo llevó aparte y se puso a increparlo: '¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte.'*”

Si la reacción de Pedro ha sido rápida, no lo es menos la de Jesús: “*se volvió a Pedro y le dijo: '¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios.'*” Aquí se abre un abismo infranqueable entre los pensamientos de Dios y los de los hombres. Pedro, como veremos, nos representa continuamente: el más cercano a Jesús lo es también a nosotros. Nuestro rechazo instintivo a todo lo que esté relacionado con el dolor, el fracaso... nos desborda y queremos quitarlo de delante. Y para 'justificar' nuestro rechazo y paralización, elucubramos: '¿Por qué?' '¿Por qué a mí?' '¿Qué sentido tiene el dolor?'...

Jesús va a optar por otra postura: en vez de preguntarse el 'por qué', hay que plantearse el 'qué hacer'. En efecto, cuando los 'por qué' nos desbordan, tiramos la toalla; y sólo los que se han planteado 'qué hacer' han salido adelante y han alcanzado metas que todos después agradecemos. Jesús, pues, es claro y apuesta por la respuesta, no por la elucubración. Y esta respuesta va a concretarla en su seguimiento: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.* En el apartado siguiente abordaremos en qué consiste dicho seguimiento.

Pero lo que si nos interesa es constatar que, en el seguimiento prepascual, el rechazo instintivo a la 'cruz' es constante, como el intento de retener la experiencia gozosa. En la Transfiguración, Pedro propone: “*Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.*” (Mt 17, 4)

En el segundo anuncio de su pasión, Mateo comenta sin más: “*Ellos se pusieron muy tristes*” (Mt 17, 22-23). Marcos, sin embargo, dice: “*pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle*” (Mc 9, 32), y Lucas: “*Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto*” (Lc 9, 45).

Las reacciones que siguen siendo las nuestras: ¿es que nosotros sí entendemos este lenguaje? ¿No nos resulta 'tan oscuro' que 'no captamos su sentido'? Pero ¿es que no “*nos da miedo preguntarle*”? Sorprende la coincidencia de nuestras resistencias con las de los primeros oyentes. ¡En el Evangelio no hay nada idealizado! La fe prepascual es muy precaria.

5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

Después de este recorrido de cara a tomar conciencia de la 'fe prepascual', culminamos con lo que define la fe cristiana: el seguimiento de Jesús. Es la concreción de la fe cristiana, seguimiento que en la fe prepascual estuvo plagado de peripecias de todo tipo: desde momentos de entusiasmo a derrumbamientos vergonzosos. Pero todas estas 'peripecias' siempre giran en torno a Jesús, a quien los más cercanos intentan 'seguir' a trompicones.

En efecto, después de uno de estos patinazos, (de Pedro cuando intenta disuadirlo del final trágico que les anuncia), es el mismo Jesús el que se dirige a los discípulos: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y **me siga**. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que la pierda **por mí**, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?...*”

El texto es importante, sobre todo porque la propuesta de Jesús la enmarca en la 'vida', no en la anécdota, es decir, no se trata de hacer un 'milagro', sino de cómo 'salvar la vida', que contraponíamos a la 'curación'. No es la solución de un problema, sino la respuesta a mi realidad personal como totalidad. En efecto, la vida biológica en sí no es respuesta a nada. ¿Qué contenido le doy? ¿Qué sentido tiene en su globalidad? ¿Cuál es mi 'vectorialidad', se preguntaría Julián Marías? Este tema del 'contenido' o el 'sentido' puedo formulármelo con otras preguntas más sencillas desde la experiencia misma de la propia vida: “¿Me harta?”, o “¿Me llena?”, que no es lo mismo. La 'curación' no 'salva', no da respuesta a mi persona como totalidad. Pues bien, en este contexto de cómo 'salvar la vida', enmarca la propuesta de su **seguimiento**.

La cosa tiene su calado de cara al tema que nos ocupa: la fe cristiana. ¿No decíamos que la fe era 'adhesión personal'? Pues toda adhesión **personal** -si es tal- suscita un seguimiento incondicional. No es lo mismo que una adhesión ideológica que puede vivirse más desde 'principios teóricos', pero que no afectan a la vida en cuanto tal. Cuando el seguimiento es a una persona, supone que sus circunstancias me afectan, tengo que pasar por ellas. Si además, aquel a quien sigo se identifica con los 'últimos', mi seguimiento se convierte en un cargar con tantas cruces cuantas vea a mi alrededor...

Volvamos a la propuesta de Jesús: “*Si alguno quiere venir en pos de mí...*” Primer dato de este seguimiento personal: ha de ser libre. Pero para que se dé, ha de salir de sí mismo: “*niéguese a sí mismo*”, de lo contrario no seguiré a nadie, sino lo utilizaré, dominaré, en provecho mío. Por otro lado, no podré eludir las circunstancias por las que pasa la persona a la que sigo: “*tome su cruz*” (Lucas añade: “*cada día*”).

En efecto, nuestras incondicionalidades se estrellan en las dificultades.²⁵ Este paso de 'cargar con la cruz', de no dar la espalda a una realidad que 'cada día' me descoloca, es previo al siguiente: “*y me siga*”. Lo mismo ocurre con el hombre rico que quiere 'heredar la vida eterna': “*vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres... y luego ven y sígueme*” (Mc 10, 21). El seguimiento nunca es abstracción, sino concreción prosaica y monótona, que sólo lo hace posible la adhesión personal, es decir, el amor, que se expresa en el compromiso.

La fe cristiana, pues, se concreta en el **seguimiento** a una persona. Ahora bien, todo seguimiento personal **totaliza**. Ya la fe monoteísta de Israel exigía esta totalización (“*con **todo** tu corazón, con **toda** tu alma...*”), pero al convertirse en seguimiento personal, se humaniza. Por otro lado, al ser 'seguimiento' a una persona, no se puede programar o sintetizar en una doctrina: estará cargado de circunstancias y peripecias...

Pero la persona que seguimos es Cristo: tiene una dimensión trascendente que la coloca a otro nivel. Lucas 14, 26-32 resalta esta dimensión: “*Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío...* [y después de poner el ejemplo del que quiere construir una torre o del rey que pretende enfrentarse a otro rey, tienen que calcular si es posible llevar a cabo lo que pretenden, termina] *Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.*”

²⁵ Por eso, posiblemente, Gandhi afirmase repetidamente que la ley del ser humano es el sufrimiento...

Aquí Jesús está exigiendo una totalidad que sólo se daba de cara a Dios en el monoteísmo. Es un seguimiento que 'pospone' cualquier otro referente de los que pueden estructurar nuestra existencia. Es un seguimiento que no nos saca de nuestra realidad, pero hay que 'posponer' todo a Dios. Por eso hay que cargar con la propia cruz (siempre habla de **su** cruz); sólo después viene el seguimiento, que es lo que nos convertirá en discípulos.

Ahora bien, en el epígrafe ya nos preguntábamos si aquí no estamos ya abriéndonos a lo que será lo que llamamos 'fe postpascual'. En efecto, estos niveles de respuesta no están en nuestra mano, y sin la experiencia del Espíritu son imposibles. Y es que la meta es el mismo Dios: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto ...que hace salir el sol...*” (Mt 5, 48) o: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso... porque él es bueno con los malvados y desagradecidos*”(Lc 6, 36). En efecto, solo el seguimiento (la fe) postpascual posibilitará esta síntesis imposible: es la escena de los discípulos que, después de ser azotados, “*salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el Nombre*” (Hech 5, 41).

Fe de Pedro:

Después de todo lo dicho, tiene pleno sentido que comprobemos en Pedro, cómo fue su fe prepascual, cargada de peripecias -que percibiremos como nuestras-, y la postpascual. Nada mejor que este recorrido para encontrar respuestas concretas a nuestras dudas, resistencias, miedos, perplejidades, entusiasmos... Por otro lado, la ventaja que tiene esta confrontación, es que su fe, en ningún momento deja de estar enmarcada en un **seguimiento**, nunca idealizado.

Lo mejor es dividir el recorrido de su **fe** en tres tiempos:

- antes de las negaciones**
- en las negaciones**
- después de las negaciones**

Antes de las negaciones. (Fe prepascual, podríamos titularlo)

La fe de Pedro antes de las negaciones pasa por las situaciones más dispares: de lo más sublime a lo más ridículo, de lo más entrañable a lo más irritante. Pero todo está enmarcado en una relación personal cargada de circunstancias que van a plasmarse en un seguimiento irrepetible. En realidad todo seguimiento lo es. Resaltemos, pues, datos de esta historia, sin pretender agotar todos los detalles y, como siempre, cada uno tendrá que ir descubriendo posibles paralelismos.

El encuentro.

Como toda relación personal, empieza por un encuentro, normalmente fortuito. En el caso de Pedro es su hermano Andrés, el que hace posible este encuentro. El evangelista lo cuenta así: “*Andrés... lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas' (que se traduce: Pedro)*” (Jn 1, 41-42). El encuentro tiene todos los detalles imprescindibles para que sea personal: 'quedársele mirando', llamarle por su nombre y, lo más significativo, el cambio de nombre, que simbolizará su misión futura.

Mateo y Marcos, describen el primer encuentro como llamamiento a los dos hermanos, al que responden inmediatamente: “*Jesús les dijo: 'Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres'. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.*” (Mc 1, 17-18)

Lucas lo enmarca en una sorprendente pesca que provoca en Pedro una reacción de auténtica adoración: *“Al ver esto, Simón Pedro, se echó a los pies de Jesús diciendo: ‘Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador’...”* (Lc 5, 8-9)

Elección y misión.

En la elección de los Doce, él es al primero que se nombra y los tres sinópticos aluden al cambio de nombre. Pero la misión la recibe después de su respuesta ante la pregunta de Jesús: *“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”* Pedro es el que se adelanta y dice: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”*. La reacción de Jesús no puede ser más solemne: *“¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.”* (Mt 16, 13-20)

A partir de este momento, va a tener un protagonismo evidente: en la crisis de Cafarnaún, cuando Jesús pregunta a los Doce: *“También vosotros queréis marcharos”*, Pedro es el que reacciona: *“Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.”* (Jn 6, 67-69) Jesús lo elige para que, junto con Juan y Santiago, presencien momentos clave de su vida: transfiguración (Mt 17, 1-5) y oración en el Huerto (Mt 26, 36-46). Según Lucas, en la última cena le dice: *“Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.”* (Lc 22, 31-32). En otro momento lo encarga de pagar el impuesto del templo (Mt 17, 24-27)... Este protagonismo está claro. Y él se lo creyó.

Engreimiento.

Tanto la elección como la misión, es evidente que lo hicieron sentirse protagonista, y Jesús tendrá que ir corrigiéndolo. Por lo pronto, ya vimos que se siente tan seguro de su 'papel' que *“se llevó aparte a Jesús y se puso a increparlo”*, actitud que le vale la respuesta más dura de Jesús: *“Quítate de mi vista Satanás”*. Ante la exigencia de Jesús de que hay que dejarlo todo para seguirlo, *“Pedro se puso a decirle: ‘Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido’* -esta vez incluyendo a los demás-, a lo que Jesús responde, no sin cierta ironía, que van a recibir *“cien veces más -en casas... **madres... con persecuciones**”*. Quiere lucirse en su disposición a perdonar: *“Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”* Jesús le desmonta esa manía de contabilizar para competir, respondiéndole: *“No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete...”* (Mt 18, 21-22). Más aún, parece que cuanto más va aproximándose a las negaciones, su engreimiento es más hiriente: quiere sobresalir ante los compañeros de una forma casi infantil. Esto ocurre nada menos que en la última cena.

Al parecer, Jesús no empezó a lavar los pies de los discípulos por él, y en vez de protestar al lavar los pies del primero diciendo que aquello no podía ser, no lo hace, sino que espera que llegue a él, para destacar sobre los otros: *“No me lavarás los pies jamás”*. La corrección de Jesús es contundente: *“Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”*, y su reacción inmediata: *“Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.”* (Jn 13, 4-11). Lo curioso es que las correcciones de Jesús surten efecto al momento, pero a renglón seguido, como si nada hubiese pasado.

En efecto, al final de la cena, cuenta Mateo que al salir para el huerto de los olivos, *“Jesús les dijo: ‘Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: ‘Heriré al pastor y se*

dispersarán las ovejas del rebaño'. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea'. Pedro replicó: 'Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré'. Jesús le dijo: 'En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negaras tres veces'. Pedro le replicó: 'Aunque tenga que morir contigo, no te negaré'." Ante este protagonismo insultante, comenta el evangelista: "Y lo mismo decían los demás discípulos." (Mt 26, 31-35)

Pero no acaba aquí. En el huerto, después de quedarse dormido y no ser capaz de reaccionar ante la queja de Jesús: "*¿No habéis podido velar una hora conmigo?...*", cuando llega Judas con la cohorte, Juan nos dice que es Pedro el que saca la espada y corta la oreja a Malco (Jn 18, 10-11). De nuevo Jesús tiene que intervenir: "*Envaina la espada: que todos los que empuñan espada, a espada morirán...*" (Mt 26, 52). La corrección de Jesús es constante.

Este pobre hombre, al que Jesús encarga que confirme la fe de los otros, ha tenido que experimentar todas las trampas por las que una fe 'sincera' puede pasar. "*¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!*" y "*yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*", había dicho Jesús a Pedro; pero no podía olvidar que todo era puro don, nada podía apropiárselo como propio "*porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.*" Esta trampa del engreimiento, del protagonismo, es siempre posible, y Jesús tiene que ir limando, pues está llamado a ser el encargado de confirmar la fe de los demás.

Afortunadamente el único 'protagonista' es Dios, pero su protagonismo es distinto: "*...Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros.*" Es la suprema dignidad sin protagonismos ni heroicidades, sino como servicio recíproco gratuito.

Debilidad

Pero este engreimiento va acompañado de debilidad, y Jesús intenta que tome conciencia de ella. Otra cosa es que parece no enterarse. Recordemos algunas de ellas:

—En plena tempestad quiere demostrar su fe en Jesús andando sobre las olas, y camina... pero "*al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: 'Señor, sálvame!'*" La secuencia es importante: al 'miedo', le sigue el 'hundirse', y en el hundimiento surge el 'grito'. Ya vimos que el miedo es incompatible con la fe. Pero siempre estará Jesús para echarnos una mano: "*Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: '¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?!'*" (Mt 14, 24-33). Pero esta ayuda va acompañada de una enseñanza: la duda es señal de poca fe.²⁶

—Otra debilidad es su torpeza, el no usar la inteligencia. Como 'líder' del grupo, acude a Jesús para que les aclare la 'parábola' con la que Jesús responde a la problemática planteada por los fariseos y escribas sobre el comer sin lavarse las manos: "*...No mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre.*" Pues bien, a la pregunta de Pedro: "*Explícanos esta parábola*", Jesús responde sorprendido: "*También vosotros seguís sin entender?*" ['sin inteligencia', traducen otros]. La fe está llamada a ser lúcida, no entontecimiento.

—La fragilidad humana: ¡se durmieron!. Es la experiencia de la limitación inherente a nuestra 'carne': "*...y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: '¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil.'* De

²⁶ Ya aludimos a San Ignacio que nos advierte en la regla 12 de Discernimiento de 1ª Semana que nada más '**empezar** a sentir temor' hay que 'mostrar mucho rostro' (EE 325), y que la duda 'es tentación que el enemigo pone' (EE 347)

nuevo se apartó...” Pero ¡siguieron dormidos!: “*Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque sus ojos se cerraban de sueño.*” Esta vez ya no los despierta. Sin embargo, la primera vez sí les avisa que la ‘carne el débil’... No podemos ‘instalarnos’ en un ‘espíritu’ que, ciertamente ‘está pronto’, pero ¡se nos tiene que dar!...

Pero todas las debilidades se concentran en las negaciones.

En las negaciones

En efecto, las negaciones van a ser el momento central en la vida de Pedro de tal forma que podemos afirmar que van a suponer un antes y un después. Si quitamos las negaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro. Por otro lado, ellas expresan toda la debilidad de la carne, dominando un ‘espíritu’ que se creía fuerte hasta el punto de “*daré mi vida por ti*” (Jn 13, 37). Es lo que decimos: ‘tocar fondo’. Pero ¿por qué en Pedro este tocar fondo va a ser un punto de arranque y en Judas fue lo contrario?

Que la adhesión de Pedro al Señor es algo real lo confirma su presencia en el patio del Sumo Sacerdote. El problema es que se ha quedado solo. Las sucesivas identificaciones, primero de las dos criadas, luego de los otros -“*Seguro, tú también eres de ellos, tu acento te delata*”-, no suponen en sí una amenaza: son comentarios de criadas y criados del Sumo Sacerdote, pero nada más. A Pedro, sin embargo, lo invade el pánico: “*Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar diciendo: 'No conozco a ese hombre'. Y enseguida cantó el gallo*”.

El canto del gallo va a agravar su pecado. Mateo comenta: “*Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: 'Antes de que cante el gallo me negarás tres veces'.*” En efecto, el canto del gallo le recuerda la advertencia de Jesús...`, pero ¡no reacciona! En ese momento podría haber confesado su identidad... pero no pudo: el miedo lo atenazaba, y toda su reacción se limitó a: “*Y saliendo afuera, lloró amargamente.*” Llora su incongruencia, pero sucumbiendo a ella.

Es el ‘tocar fondo’ al que antes aludimos. Y digo ‘sucumbiendo a ella’, porque no hay la menor justificación ni disculpa: lo ocurrido, es lo ocurrido. La escena ha quedado recogida por los cuatro evangelistas. Es el primer paso: la aceptación de la propia fragilidad. La disculpa, la justificación, maquillan una realidad que no puede ser otra. “*La verdad os hará libres*”, había dicho Jesús...

Pero no sólo reconoce y asume su cobardía, sino que el recuerdo de las palabras de Jesús, va acompañado de su mirada: “*El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho... Y saliendo afuera, lloró amargamente.*” (Lc 22, 61-62) ¿En qué consistió esa mirada? ¿Fue algo real exterior, o una vivencia interior, también real? El caso es que ‘lo miró’. La mirada es el signo más expresivo de una relación personal. En una mirada se encierra toda una historia: todas sus vivencias positivas y sus fallos corregidos abiertamente por Jesús, pero sin ‘restregar’, se agolparían en su recuerdo. Fue una mirada recuperadora.

En efecto, la reacción de Pedro no parece encerrarlo en sí mismo: su imagen ante los demás, que tanto había cuidado -“*aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré*”-, no parece pesar sobre él en estos momentos. ¿Por qué? ¿Dónde fue al salir del patio del Sumo Sacerdote? El Evangelio, ciertamente no lo dice, pero lo que sí constata es que el primer día de la semana, cuando aquella mujer va, aterrada por la desaparición del cadáver, en busca de los discípulos, allí está él. Y sus lágrimas, al parecer, no las ocultó, sino que ‘confesó’ su debilidad, su pecado. ¡Empiezan a cobrar realidad los ‘gestos’ del Señor en el grupo! -“*Si yo...os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros*”-. Ante la imposibilidad de encontrarse con el Señor, se encuentra con

los compañeros.

¿Y Judas? Mateo nos dice que se arrepiente, confiesa su pecado, devuelve las monedas..., pero se queda solo con su culpa, y no va con los compañeros: “...y fue y se ahorcó.” El yo aislado, o se justifica o se culpabiliza...

Y es que a Pedro, lo que le duele no es su imagen rota -no habría ido donde los compañeros y, menos, contado lo ocurrido-. Sus lágrimas no eran por él, sino por lo que había ocurrido, por Jesús, y su recuerdo se hizo mirada recuperadora. Por otro lado, los compañeros, tampoco lo reciben con rechazo -ellos habían huido también, se habían acobardado antes, no tenían nada que reprocharle- y el relato desolado de Pedro refleja la realidad de cada uno de ellos. En efecto, nos encontramos y acogemos mutuamente en la debilidad confesada.

Las negaciones lo van a incorporar al primer paso del **Hecho Pascual -muerte-** para poder abrirse a la respuesta del Espíritu **-resurrección-**. ¿No interpreta Pablo de este modo el bautismo, ser “bautizados en su muerte”? *“Por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva...”* (Rom 6, 4) Más aún esto culminará en Gálatas en formulaciones como: *“Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí...”* (Gal 2, 19-20) y que comentamos al hablar de la fe postpascual.

En efecto, en las negaciones experimentó, como antes nunca lo había hecho, su impotencia radical: la buena voluntad nunca asegura la congruencia. Ante su fracaso, sólo le quedaba aquella persona con la que siempre había contado en todas sus fragilidades, que ahora han llegado al límite. Para que surja el 'hombre nuevo', tiene que morir antes el 'hombre viejo'. Todo aquel engreimiento y protagonismo se estrella en lo que más podía dolerle. La fidelidad a ultranza de la que él se ufanaba ante los compañeros, se ha convertido en negaciones reiteradas, con la incapacidad de reacción. Esto, que vivido desde la 'culpabilidad' le hubiese llevado al suicidio, se va a convertir en poner su seguridad donde no falla. El 'yo aislado' desaparece como posibilidad, sólo incorporándose al grupo se recuperará. Hay que palpar el *“sin mí no **podéis** hacer nada”* para poder experimentar *“el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante”*, porque: *“Yo soy la vid, **vosotros** los sarmientos”*... (Jn 15, 5)

Y así, el Hecho Pascual va a repetirse en cada creyente por el bautismo: va a morir a la propia prepotencia para abrirse a una nueva vida en el Espíritu y formar parte de una Iglesia frágil, pero que es 'cuerpo de Cristo'. Sólo muriendo a nosotros mismos nos abrimos a los hermanos: Pedro va a poder confirmarlos en la fe cuando ha dejado de ser el centro.

Después de las negaciones (fe postpascual)

En efecto, el Evangelio constata que el Resucitado se aparece a Pedro personalmente. Tras el relato de los de Emaús, los discípulos comentan: *“Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro”* (Lc 24, 34). Esta aparición, que no relatan los Evangelios, sin embargo, se incorpora a las 'fórmulas de la tradición' que Pablo ha recibido: *“...os transmití... lo que también yo recibí: que Cristo murió... y que resucitó...; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce;”* (I Cor 15, 3-5).

¿Cómo iba a confirmarlos en la fe si él primero no hubiese sido testigo del Resucitado? Pero este encuentro nadie lo presencié. Ni Pedro lo relata. Sin embargo, en su carta se presenta como *“testigo de la Pasión de Cristo y partícipe de la gloria que se va a revelar...”*, y más adelante les exhorta:

“Así pues, sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce en su momento. Descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de vosotros.” (I Ped 5, 1.6-7) Está transmitiendo su experiencia. En efecto, si algo queda claro es que el Pedro post-negaciones no es el mismo: es humilde, frente al protagonismo y engreimiento anteriores.

Pero donde aparece el Pedro diferente es en el relato de la pesca milagrosa en el lago de Tiberiades. Allí encontramos a Pedro junto a seis de los compañeros, que al decir: *“Me voy a pescar”*, se suman a él: *“Vamos también nosotros contigo”*. Se intuye un liderazgo sin protagonismo ni imposición. La presencia de Jesús en la playa, tampoco es él quien la descubre; sí ese testigo privilegiado que le acompaña: Juan. Ante el testimonio de éste, la reacción de Pedro no puede ser más expresiva: *“se tiró al agua”*, aunque *“no distaban de tierra más que unos doscientos codos”*. Es el Pedro impulsivo, pero que ahora no dice, sino que hace. Lo mismo ocurre al decir Jesús: *“Traed de los peces que acabáis de coger”*. Es Pedro el que reacciona: *“Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes... Y aunque eran tantos, no se rompió la red.”* Toda su palabrería se ha convertido en servicio espontáneo y gozoso...: 'hace, no dice'.

Pero la escena clave es al terminar la comida, con la triple pregunta de Jesús. Las tres respuestas de aquel hombre, no humillado ni culpabilizado, pero sí humilde, nos revelan en qué ha consistido su cambio. Yo me he preguntado muchas veces: ¿cuál hubiese sido su respuesta de hacerle las mismas preguntas antes de las negaciones? Un motivo más para engreírse y destacarse de los demás: *“¡Pues claro que te amo más que éstos!”*... Pero Jesús pregunta después...

Pues bien, la respuesta de Pedro va a ser, a mi parecer, la síntesis más lograda de la vivencia de 'sentirse redimido', concepto complejo de explicar y que ha dado lugar a hipótesis tan enrevesadas.

Por lo pronto, las tres preguntas no tienen la misma estructura: primera: *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?”* Aquí Jesús le está recordando todos sus engreimientos: es lo que él ha estado intentando dar a entender -cuando no la dicho expresamente- en todos sus comportamientos. La segunda es más concisa: *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”* Aquí la pregunta no alude a su engreimiento siempre dispuesto a competir con los demás, sino se dirige a él mismo: '¿Realmente me amas?' La última cambia la palabra: *“Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?”* Berger comenta: *Podríamos traducirlo por “¿Me quieres bien?” (liebhaben en alemán)]...*²⁷

Con estas tres preguntas, Jesús confronta a Pedro con la verdad de su relación con él, empezando por lo más superficial: '¿Me amas más que estos?', esa especie de 'lucimiento' en muchos de nuestros amores, que los convierten en una plataforma de la propia exhibición, que convierten al ser amado casi en 'peana'. La segunda lo enfrenta realmente con su relación personal, al margen de todos. La tercera, según sugiere Berger, se referiría a la historia de ese 'cariño', tan accidentada, pero en la que cada accidente parece haberlo hecho más entrañable. Veamos las respuestas de Pedro.

En realidad a las tres preguntas, Pedro da una única respuesta, con un añadido en la última. En efecto, dicha respuesta básica es: *“Sí, Señor, tú sabes que te quiero.”* Suelo decir que no es lo que nos podíamos esperar ¿Por qué la considero 'inesperada'? Porque propiamente no contesta desde él mismo, como esperamos en toda respuesta, sino que remite a Jesús. Como decíamos más arriba, si le hubiese preguntado antes de las negaciones, su respuesta hubiese sido la obvia: desde su seguridad. Al ser después de haber 'tocado fondo', no puede apoyarse en sí mismo. Sin embargo, parece haber encontrado el verdadero fundamento de su relación: el mismo Jesús.

²⁷ Klaus Berger, *Opus citatum*, p 687-691 ???

Es decir, se ha producido un descentramiento total. Su seguridad no radica en él mismo, sino en Jesús. En realidad esto es más profundo de lo que parece. A ver si lo sé explicar: cuando fallamos y hacemos daño a la persona que realmente queremos, ni se nos pasa por la mente que no la queremos, sino todo lo contrario. El hecho de haber fallado no quiere decir que no la quiero, sino que soy un desastre, pero “¡Este 'desastre' te quiere!” Sin embargo, se nos ha educado, desde nuestros idealismos y autenticidades, a que si fallo es que no amo... Puede ser, pero no se sigue. Lo que sí es verdad es la constatación de la propia debilidad.

Pues bien, ese cariño que, desde fuera no puede verse en absoluto sino todo lo contrario, afortunadamente Dios sí lo ve: él es el que sueña con mi recuperación, no con la 'autenticidad' que a lo mejor lo único que busca es exhibirse. Por eso nos dice Jesús que “*habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse*”. (Lc 15, 7)

Ahora bien, esto que estamos intentando expresar es pura vivencia, no hay ningún tipo de argumentación ni lógica que lo 'demuestre'. Y es que la vivencia se comunica, no se argumenta - ¡porque no hay quien la pueda 'explicar'!- Es la experiencia de sentirse recuperado porque en el fondo hay algo más grave que mi ofuscación, mi ceguedad, o mi impulso.²⁸ Cuando ha tocado fondo su incongruencia -¡no sólo reconocida en su interior, sino compartida con los compañeros!- es cuando puede descubrir este fondo que sólo Dios conoce.

La ventaja que tiene la vivencia es que comunica, aunque nunca se pueda explicar. En efecto, en mi vida no me he encontrado a nadie que me haya hecho este razonamiento -¡cargado de lógica!- respecto a Pedro: “¡Hay que ver el patinazo que pegó este hombre al final! Con el 'carrerón' que llevaba, 'la cag...' al final.” ¡Qué intuiremos en su vivencia que, como hemos dicho en varios momentos, si quitamos las tentaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro! Intuimos que su recuperación no ha sido por propio esfuerzo, pues esto es imposible (: "la cag...", decimos).

Pero hay que preguntarse, ¿por qué no se nos ocurre en este caso? Estamos en contacto con lo que nos desborda, que si queremos 'explicarlo' lo convertimos en incomprensible; pero la vivencia narrada sí puede ser vivenciada.²⁹ Intuimos que el perdón de Dios no tiene nada que ver con el nuestro. No es la simpleza de que: “¡Es tan bueno, que no mira el fallo!”, lo cual puede ser peligroso, porque el daño está ahí y no se puede mirar para otro lado.³⁰ Su misericordia es mucho más profunda: es que apuesta por nuestra recuperación. Él, que ve en lo secreto, descubre las posibilidades que a nosotros mismos se nos escapan, porque el fallo lo ha provocado algo que nos ha cegado y 'no sabíamos lo que hacíamos' (cf. Lc 23, 34).

Pero si esta recuperación no se da, si esas entrañas de misericordia que llevamos dentro no se abren

²⁸ Sería lo que San Ignacio plantea en EE 32: lo 'propio mío' es mi 'mera libertad y querer', todo lo demás 'viene de fuera', aunque esté en mí. Es lo que en Evangelio se nos dice: “*Y tu Padre que ve en lo secreto...*” (Mt 6, 4) o en Juan: “*Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.*” (Jn 2, 24-25)

²⁹ ¿El 'sentir y gustar' al que alude San Ignacio en EE 2, contrapuesto al 'mucho saber'?

³⁰ Puede ser iluminador el siguiente comentario de Benedicto XVI en **Jesús de Nazaret (II)**: “*Dios no puede simplemente ignorar toda la desobediencia de los hombres, todo el mal de la historia, no puede tratarlo como algo irrelevante e insignificante. Esta especie de “misericordia” y “perdón incondicional” sería esa “gracia a bajo precio” contra la que protestó con razón D. Bonhoeffer ante el abismo del mal de su tiempo. La injusticia, el mal como realidad concreta, no se puede ignorar sin más, dejarlo estar. Se debe acabar con él, vencerlo. Sólo esto es verdadera misericordia. Y que ahora lo haga Dios, puesto que los hombres no son capaces de hacerlo, muestra la bondad “incondicional” divina, una bondad que no puede estar en contradicción con la verdad y la correspondiente justicia.*” Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (II Tim 2, 13) (pp 186-192) ???

a los demás, nada parecido ocurre. La parábola del rey que pide cuenta a sus súbditos sobre deudas pendientes y perdona sin más al que más debía, lo deja bien claro. Este perdón generoso se viene abajo cuando el perdonado no lo hace con el compañero cuya deuda es infinitamente inferior. La razón es obvia: “*¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?*” El perdón de Dios debe ser 'contagioso': debe hacernos 'como Dios'. ¿No nos dice Jesús: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*”?

El Pedro prepotente, engreído, no aparece por ningún lado: la experiencia de su miseria, de su incongruencia, le ha llevado a no apoyarse en su fuerza, sino en la fuerza recuperadora de Dios. Y es que ¡el experimentar la propia miseria nos hace misericordiosos!... si aceptamos y confesamos nuestra propia incongruencia. Esta es la experiencia que ha cambiado a este hombre. Es la vivencia de que sus negaciones no han borrado lo que había de verdad en su engreimiento: “*Aunque todos se escandalicen, yo no...*” 'Es verdad que yo usaba este 'amor' para lucirme, pero eso no quita que tú sabes que te quiero...'

Pero lo que intentamos decir aparece en la tercera respuesta. El evangelista comenta: “*Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: '¿Me quieres?' y le contestó: 'Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero'.*” Su tristeza, sin embargo, no nubla su convicción: 'que tú sabes que te quiero', y lo único que le sale es remitirlo a que él lo sabe todo. Vendría a ser lo equivalente a nuestro: 'No sigas con bromas...'

Resumiendo, el pecado en Pedro, vivido desde la realidad de lo ocurrido, no desde su imagen rota - Judas-, va a ser, en vez de una ruptura, un triple lugar de encuentro: encuentro con **su verdad** -su cariño no contaba con su cobardía-, con los **compañeros** -nos encontramos en la debilidad confesada, no en el engreimiento-, con **Jesús** -“*Tú sabes que te quiero*”.

Este hombre recuperado será el que después sabrá ofrecer la oportunidad de recuperarse al pueblo judío y sus autoridades: “*Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia lo mismo que vuestras autoridades...*” (Hech 3, 17), 'lo mismo que yo, que negué a Jesús cegado por la cobardía y el miedo...' Este es el perdón de Dios: un perdón que rehabilita, no un perdón que 'restriega', pero tampoco un perdón permisivo y que hace la vista gorda... Pedro antes de ofrecerles esa posibilidad recuperadora (¡porque no culpabiliza!), les ha hablado bien claro: “*...matasteis al autor de la vida...*” Pero estos fondos sólo Dios los conoce; nosotros lo único que nos toca es asumir nuestra incongruencia y confesarla, de lo contrario nunca experimentaremos esta vivencia.

Por último tenemos los tres encargos de Jesús, la misión de Pedro: en la primera habla de apacentar a sus 'corderos' y las dos restantes habla de sus 'ovejas'. Es decir, su misión no es dividir (¿la división de Mateo 25 entre ovejas y cabritos?) sino de pastorear ya sean corderos, ya ovejas. Ahora está preparado para esta tarea recuperadora. Teniendo como trasfondo la vida de Pedro con su misión definitiva podemos comprender su exhortación a los presbíteros: “*... pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño. Y cuando aparezca el Pastor supremo...*” (I Ped 5, 2-4)

A partir de este momento, Pedro va a ser otro: nada de sobresalir, competir. Su 'protagonismo' es puro servicio. Su preeminencia, que antes vivía de forma pueril, ahora es en el nombre de Jesús nazareno y desde el Espíritu Santo. Esto es lo que vemos en el pasaje de la curación del cojo del templo: “*...en nombre de Jesucristo el nazareno, levántate y anda*”, sin atribuirse la curación: “*...nos*

miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud...” (Hech 3), y el hombre apocado y cobarde de las negaciones, ahora sabe dar testimonio, junto con Juan ante el Sanedrín, “...*lleno de Espíritu Santo.*” (Hech 4, 8)

En efecto, en todo lo que va ocurriendo es “*el Señor*” el verdadero protagonista. Es el '*ángel del Señor*' el que los libera por la noche (Hech 5, 17ss).

El poder que ahora tienen al imponer las manos, quiere 'comprarlo' Simón el mago, y Pedro reacciona enérgicamente y lo 'recupera' de lo que le hubiese llevado a la perdición (Hech 8, 14-24). Sus milagros a Eneas y Tabita en Jafa, llevan a que “*muchos creyeron en el Señor*” (Hech 9, 32-42), y lo más importante, la apertura a los gentiles (Hech 10 y 11). Estamos ante una realidad distinta, y no porque Pedro ha reconocido su fragilidad, sino porque su fe es postpascual.

Esta es la fe de un Pedro como nosotros. Berger, aludiendo a la traducción al alemán del '¿me quieres?' de la tercera pregunta de Jesús, comenta: “*por eso se decía en la iglesia antigua, es bueno que el Señor haya llamado como pastor a alguien que sabe lo que es el fracaso y no a un fanático santo y puro como el profeta Elías. Precisamente sobre el trasfondo de crisis y fracasos adquiere color la traducción con liebhaben. No una relación rectilínea y cristalina, sino más bien una relación conmovedora...*”³¹

³¹ Klaus Berger, **Opus citatum**, pp 687-691 ???

FE FIRME III

¿Qué nos dice el Nuevo Testamento de la fe?

ESQUEMA

Introducción

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia

II. La fe prepascual

2.1. Lo incompatible con la fe

- la soberbia
- la exigencia o la curiosidad imposibilitan el don y la sorpresa
- el temor y la duda
- la inconstancia
- la incredulidad radical

3.2. Clases de fe

- fe 'firme'
- fe mágica
- fe 'milagrera'
- fe respuesta personal: seguimiento

4.3. Jesús ante la fe de los demás

- quejas
- sorpresas

5.4. Dificultades para creer en Jesús

- el poder
- la riqueza
- la sexualidad
- el sacrificio

6.5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

III. La fe de Pedro

- antes de las negaciones

- * *el encuentro*
- * *elección y misión*
- * *engreimientos*
- * *debilidades*
 - en las negaciones
 - después de las negaciones